

Lo contingente del sujeto (1)

Martínez Álvarez, Hugo*

Resumen

En este artículo analizamos la noción de "sujeto del inconsciente" tal como fue utilizada por Jacques Lacan, a la vez que rastreamos en diferentes formas de pensamiento dos de sus características esenciales: la pérdida de cualidades y la contingencia. Lacan indagó la ciencia moderna guiado por Alexandre Koyré, basando esta operación en la afirmación de que el sujeto con el que el psicoanálisis opera no es otro que el sujeto de la ciencia. Ciencia que, en tanto moderna, tiene como modelo la ciencia galileana fundamentada en el pensamiento de Descartes. En este artículo perseguimos la idea de contingencia y el despojo de las cualidades, que hacen tanto a la modernidad como al psicoanálisis, en algunos artículos de A. Koyré; en una de sus referencias acerca del pensamiento moderno: Nicolás Maquiavelo, a través de la lectura que Michel Foucault realiza; en el juego del "cadáver exquisito" creado por los surrealistas; y en ciertos rasgos del estilo barroco, por ser expresión de la conciencia moderna según la consideración llevada adelante por Erwin Panofsky.

Palabras clave: Sujeto del inconsciente-Ciencia moderna-Contingencia-Surrealismo-Barroco

The subject's contingency

Abstract

This article analyzes the notion of "subject of the unconscious" as used by Jaques Lacan, while tracing back two of its essential characteristics in different ways: the loss of the qualities and the contingency. Lacan inquired into the modern science-led by Alexandre Koyré- founding this operation on the statement that the subject with which psychoanalysis operates is none other than the subject of the science. Science, when being the modern science, has the Galilean model based on Descartes's thought. In this article we follow the idea of contingency and the dismissal of the qualities which make both modernity and psychoanalysis in A. Koyré's articles that refer to the modern thought: Nicolás Maquiavelo, through the reading that Michel Foucault does, in the "exquisite corpse" play created by the Surrealists; and in certain features of the baroque style, for being an expression of the modern conscience according to Erwin Panofsky's observation

Key words: Subject of the unconscious-Modern science-Contingency-Surrealism-Baroque

Introducción

Lacan y la ciencia: el sujeto

Jacques Lacan en *La ciencia y la verdad*, texto que constituiría la lección de apertura del Seminario *El objeto del psicoanálisis*, comienza planteando el estatuto del sujeto en el psicoanálisis. Allí afirma que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia (Lacan, 1995). Esta afirmación es comentada por Jean-Claude Milner (1996) indicando que el psicoanálisis opera sobre un sujeto, y no sobre el yo, el individuo o la persona. Es el lugar y las características del sujeto con el que opera el psicoanálisis lo que está en juego en el análisis que Lacan realiza sobre la ciencia. Dado que, es por la suposición de que existe un sujeto de la ciencia y que este es el mismo sobre el que el psicoanálisis opera, por lo que la ciencia es indagada.

J-C. Milner ha comentado cómo Lacan se separa de Freud en lo tocante a la cuestión del ideal de la ciencia: mientras Freud es guiado por el ideal de la ciencia que constituye el cientificismo de su época, Lacan no cree en él para el psicoanálisis. Respecto de la operación analítica, la ciencia no desempeña el papel de un punto

ideal.

Pierde todo sentido preguntarse en qué condiciones el psicoanálisis sería una ciencia. La ciencia para estructurar el campo del psicoanálisis como una regulación debe ser exterior. Tampoco tiene sentido presentar alguna ciencia bien constituida como un modelo que el psicoanálisis debería seguir. El psicoanálisis encontrará en sí mismo los fundamentos de sus principios y de sus métodos. (Milner, 1996, p. 38-39)

Lacan se reconoce guiado en este análisis de la ciencia por los estudios llevados adelante por Alexandre Koyré, el historiador de la ciencia ruso que desarrolló en Francia buena parte de su trabajo, quien junto a A. Koyré se constituirían en maestros de toda una generación de la intelectualidad francesa en lo referente a la historia de la ciencia y la filosofía hegeliana. Koyré reconoce un corte, o discontinuidad, entre la episteme antigua y la ciencia moderna. Plantea que la ciencia moderna es la ciencia galileana, cuyo tipo es la física matematizada, entendiendo que matematizar su objeto

* Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata.
Funes 3280. Mar del Plata (7600). Argentina. Teléfono: 223-4752266. E-mail: hmalvare@mdp.edu.ar

implica que este sea despojado de sus cualidades sensibles.

Descartes será el filósofo del cual Lacan obtendrá el pensamiento necesario para permitir la homologación entre el sujeto de la ciencia y el sujeto del psicoanálisis. Lacan es, también en este punto, guiado por Koyré:

La historia no es inmutable. Cambia con nosotros. Bacon era moderno cuando “el estilo” del pensamiento era empirista; ya no lo es en una época de ciencia como la nuestra, cada vez más matemática. El primer filósofo moderno hoy es Descartes. Es por lo que cada período histórico, cada momento de la evolución, tiene que escribir de nuevo su historia y volver a buscar en sus antepasados. (Koyré, 1991, p.10)

Según Koyré, Descartes aporta aquello que el nacimiento de la ciencia moderna requiere del pensamiento. Como comenta Milner, el sujeto freudiano, en la medida en que el psicoanálisis es intrínsecamente moderno, no podría ser otro que el sujeto cartesiano. Y no se trata de una correlación cronológica, se supone además un parentesco discursivo. El argumento será el siguiente: la física matematizada elimina todas las cualidades de los existentes, dado lo cual una teoría del sujeto que anhele responder a una física como ésta deberá, ella también, despojar al sujeto de toda cualidad.

Ese sujeto, constituido de acuerdo con la determinación característica de la ciencia, es el sujeto de la ciencia. No se le sentarán las marcas cualitativas de la individualidad empírica, ya sea está psíquica o somática; tampoco le sentarán las propiedades cualitativas del alma: no es mortal ni inmortal, ni puro ni impuro, ni justo ni injusto, ni pecador ni santo, ni condenado ni salvado; tampoco le sentarán las propiedades formales que durante largo tiempo se creyó que eran constitutivas de la subjetividad en cuanto tal: no tiene ni sí mismo ni reflexividad de conciencia. (Milner, 1991, p.41)

Lacan destacará que el pensamiento sin cualidades no sólo es adecuado para la ciencia moderna, sino que también es necesario para fundar el inconsciente freudiano. De hecho si hay pensamiento en el sueño, los síntomas, los lapsus, este pensamiento no es corolario de la conciencia de sí. No es otro el planteo de Freud cuando en “Sobre el concepto de inconsciente en psicoanálisis” establece su crítica a la petición de principios mediante la cual se homologa “conciente” y “psíquico” como conceptos idénticos. (Freud, 1991). La maniobra lacaniana consiste en suponer que si hay un pensamiento hay un sujeto.

Por otro lado, Koyré, como hemos señalado anteriormente, plantea en términos de discontinuidad la relación entre la ciencia antigua y la ciencia moderna, y lee este cambio en términos históricos. Lacan propone

leer este corte en otros términos, la homologación entre el sujeto de la ciencia y el sujeto del psicoanálisis no puede depender de una cronología. Para poder entender este procedimiento y esclarecer el punto más sensible de la maniobra lacaniana, Milner propone utilizar elementos de la epistemología de Karl Popper. Este plantea que una proposición sólo puede ser refutable si su negación es lógicamente contradictoria o no está materialmente invalidada por una observación simple. En otros términos, su referente debe poder -lógica o materialmente- ser diferente de lo que es. Esto es la contingencia. En suma, sólo una proposición contingente es refutable, por lo tanto, “sólo hay ciencia de lo contingente” (Milner, 1991, p. 63), y, “el sujeto sobre el que opera el psicoanálisis, siendo un correlato de la ciencia moderna, es un correlato de lo contingente. Lo propio de la letra moderna consiste en captar lo contingente en tanto contingente.” (Milner, 1991, p.65). Remarcamos aquí la contingencia como elemento esencial de la ciencia, en tanto que moderna. Según Milner es la palabra contingente lo que Lacan atrapa en sus dos referentes epistemológicos Koyré y Koyré. La implicancia para el psicoanálisis de esta connotación esencial del sujeto que es la contingencia, está dada en el objeto esencial del que trata el psicoanálisis, esto es, la sexualidad, en tanto que:

Que haya sexuación en lugar de no haberla, es contingente. Que haya dos sexos en lugar de uno o varios, es contingente. Que se esté de un lado o del otro, es contingente., Que a una sexuación le estén ligados tales caracteres somáticos, es contingente. Que le estén ligados tales caracteres culturales es contingente. (Milner, 1991, p.71)

La teoría del “sujeto del inconsciente” constituida a partir del sujeto de la ciencia moderna, esto es, galileana, fundada a partir del pensamiento que Descartes pudo ofrecerle, tiene como características esenciales el despojo de sus cualidades y la contingencia esencial. Es con estos elementos que queremos analizar el pensamiento de Koyré en relación al pensamiento moderno.

Koyré y el pensamiento moderno

Distintos autores han señalado que el término moderno es de manera general dilemático porque alude a distintas referencias (Díaz, E. 2000) Como periodización histórica, la Edad Moderna es ubicada por los historiadores entre el siglo XV y XVII, esto es, entre la caída de Constantinopla, en 1453, y la toma de la Bastilla, en 1789, a partir de la cual se plantea el inicio de la Edad Contemporánea. El término moderno suele asociarse a lo novedoso, pero esta significación es demasiado banal para la densidad conceptual que acarrea el término. Junger Habermas (1985) ha planteado que mientras lo que simplemente está de moda queda pronto rezagado, lo moderno sigue conservando un vínculo secreto con lo clásico. Por otro lado, no todas las manifestaciones de la modernidad,

entendida como el cúmulo de valores cognitivos, económicos, estéticos, mítico-religiosos, políticos, éticos y eróticos, surgieron al mismo tiempo ni en los mismos lugares geográficos.

En general, se acuerda que la modernidad implica el sostenimiento de un metarrelato esencial: la idea de progreso. Los metarrelatos, según ha planteado J.F. Lyotard (1998), a diferencia de los mitos que legitiman una realidad existente, legitiman una realidad a producirse en el futuro. Y el motor fundamental, de este metarrelato que constituye la idea de progreso, es la ciencia. El progreso, la emancipación de las ataduras de la naturaleza, la democratización y la justicia en la relación con los otros, y la liberación o atenuación de los sufrimientos que ocasiona el cuerpo, se esperaba que fueran llevados adelante fundamentalmente por la ciencia. Como producto de la modernidad, habría que precisar aquí entonces: por la ciencia moderna.

Como señalamos más arriba, A. Koyré plantea una discontinuidad entre la ciencia antigua y la ciencia moderna. En un breve artículo que tituló "El pensamiento moderno" (Koyré, 1991) plantea un debate tratando de situar las características esenciales del pensamiento moderno. Para esta tarea se sirve de cuatro pensadores: Petrarca, Maquiavelo, Nicolás de Cusa y Cesalpino.

Analiza primero a Petrarca, de quien comenta su orgullo por poseer dieciséis diálogos de Platón, pero, según se lamenta irónicamente Koyré, nunca los ha podido leer. En la misma tesitura, señala que el rechazo que Petrarca experimenta por Aristóteles está basado en su incompetencia para entenderlo. "Nunca una oposición ha estado peor dirigida, nunca una admiración más apasionada ha tenido un objeto más indigno" (Koyré, 1991, p.11). Sin embargo, a pesar de estos comentarios que expresan el poco valor en que tiene la obra de Petrarca, Koyré señala que su pensamiento expresa el reemplazo de "...el teocentrismo medieval por el punto de vista humano; de la sustitución del problema metafísico, y también del problema religioso, por el problema moral; del punto de vista de la salvación por el de la acción." (Koyré, 1991, p.12.). Un pensador mediocre que expresa la irrupción de un nuevo pensamiento: el moderno.

El segundo pensador comentado es Nicolás de Cusa, el "gran cardenal" según lo considera Koyré,

(...) permaneciendo fiel al ideal del conocimiento, con un deseo ardiente y sincero de limitarse a rehacer lo antiguo, realiza una obra singularmente nueva y atrevida. Pero este gran pensamiento permanece sometido a la teología, (...) ...por «modernas» que nos parezcan las concepciones del cardenal sobre el *máximo* y el *mínimo* que se confunden, sobre la recta y el círculo que coinciden en el *máximo* y el *mínimo*, no son razonamientos puramente matemáticos: es una teología lo que los sostiene. (Koyré, 1991, p.13)

Es un gran pensamiento, de gran valía en la apreciación de Koyré, pero del que no puede dejar de destacar que permanece atado al viejo pensamiento medieval.

Es con Nicolás de Maquiavelo, que Koyré entiende que se impone una lógica nueva

(...) su análisis -como el análisis cartesiano- es constructivo, su deducción es sintética. La inmoralidad de Maquiavelo es pura lógica. Desde el punto de vista en que se coloca, la religión y la moral no son más que factores sociales. Son hechos que hay que saber utilizar, con los que hay que contar. Esto es todo. Es un cálculo *político*. (Koyré, 1991, p.14)

Es con Maquiavelo, en donde Koyré señala que se ha establecido con claridad la irrupción del pensamiento moderno.

Dejaremos de lado a Cesalpino, que no es demasiado desarrollado ni nos ofrece demasiada utilidad a nuestro recorrido. Señalaremos que tanto Petrarca como Nicolás de Cusa son ejemplos de pensamientos donde Koyré plantea que no es la valía o categoría intelectual de un pensador determinado el elemento que hace que su pensamiento esté en la avanzada de una época, o más aún, que anuncie los elementos fundamentales sobre los que se establecerá el pensamiento de una época. No es la genialidad o lo meritorio de un pensamiento lo que se analiza aquí, sino de otros elementos que aquí, en este análisis del pensamiento moderno, llamaremos contingencia.

Similar consideración hará Koyré sobre el debate entre Galileo y Kepler en relación al movimiento de la tierra, donde se puede observar a Galileo desconociendo el movimiento elíptico planteado por Kepler (colega con el que mantenía relaciones de estima y de confianza mutua) y se empeñaba en seguir sosteniendo la circularidad del movimiento de los astros. Empeñamiento comentado hasta por el mismo Albert Einstein: "Que el progreso decisivo realizado por Kepler no dejara huella en la obra de Galileo es una ilustración grotesca del hecho de que, a menudo, los espíritus creadores no son receptivos en modo alguno" (citado en Koyré, 1991, p.267). Pero es en boca de E. Panofsky, a quien aludiremos más adelante, en donde Koyré planteará el hueso del asunto:

(...) ésa es una de las paradojas más asombrosas de la historia: allí donde el empirismo progresista de Galileo le impidió distinguir entre la forma ideal [del círculo] y la acción mecánica, y por esto contribuyó a mantener su teoría del movimiento bajo la égida de la circularidad, el idealismo «conservador» de Kepler le permitió hacer esta distinción y por esto mismo contribuyó a liberar su teoría del movimiento de la obsesión por la circularidad. (Citado en Koyré, 1991, p.273)

Porque para Koyré no es en base a los prejuicios de

Galileo que no acepta la posición de Kepler. Galileo se había criado en un ambiente más artístico que científico, era mucho más que un aficionado al arte, tenía opinión sobre el mismo; comparte pensamientos con Leonardo da Vinci en relación a la superioridad de la pintura y la escultura sobre el resto de las artes, es un verdadero especialista y sostiene una posición progresista en relación al arte. Por su parte, Kepler aparece lleno de concepciones medievales, esta más cerca del animismo clásico que de la eliminación del alma de la materia, experimenta un horror ante el concepto moderno de infinito, etc. Y sin embargo, sus prejuicios le permiten acertar donde el genio falla.

Pero es en Maquiavelo sobre quien quisiéramos continuar nuestro análisis, poniendo a prueba los dos aspectos que habíamos despegado en la primer parte del trabajo: el despojo de las cualidades y la contingencia radical.

La lógica de Maquiavelo

Nos serviremos en este punto de un comentador destacado, aunque no se haya dedicado demasiado a comentar la obra de Nicolás Maquiavelo, Michel Foucault.

Como señala Marcelo Pompei, Maquiavelo aparece poco en la obra de Foucault y sólo es en relación al tema de la gobernabilidad donde le dedica un análisis más detallado. (Pompei, 2003, p.214)

Tres elementos son introducidos por Foucault en su lectura de *El Príncipe*:

1) En primer lugar “el príncipe” que analiza Maquiavelo está en relación de exterioridad, de transcendencia respecto de su principado. Él no forma parte, es exterior. No hay pertenencia fundamental, esencial, natural o jurídica entre el príncipe y su principado. La línea que lo liga a su principado es una línea de violencia; que sea de tradición, que sea una línea que ha sido establecida por convenios y complicidad o con el acuerdo de otros príncipes, poco importa.

No hay nada que establezca al príncipe en relación a su reinado, ni la tradición, ni la sangre. La inestabilidad es radical. La lógica que se impone es una lógica de la acción frente a lo inestable de esta relación.

2) En la medida en que esta relación es de exterioridad, es frágil, y no va a cesar de estar amenazada. El principado como relación del príncipe con sus súbditos y con su territorio, es lo que él trata de proteger, y no, directa o fundamentalmente, el territorio o sus habitantes. La exterioridad hace que sea, sobre las relaciones con sus referentes: territorio y población, el objeto. Ya no se trata de una relación a objetos sustanciales, sino a relaciones y sus efectos.

3) La tragedia del príncipe es que nunca lo es del todo y que cualquier error o jugada adversa del destino pueden hacer que deje de serlo. Ser príncipe significa estar detrás de algo que nunca termina de llegar. El desmantelamiento de la inestabilidad es la pretensión buscada, pero por su propia definición es lo imposible de conseguir como tal.

Los tres elementos señalados por Foucault son:

exterioridad, transcendencia y singularidad.

Estos elementos, brevemente comentados, pueden ser leídos como descripciones de la invención fundamental que el pensamiento moderno posibilita para el psicoanálisis: la noción de sujeto. El sujeto, en tanto el psicoanálisis lo concibe como aquel producto de la relación entre significantes, como aquello que representa a un significante para otro significante, presenta una relación de exterioridad en relación a la cadena discursiva y de transcendencia. El sujeto del inconsciente es producto de la estructura del lenguaje. El inconsciente, y por lo tanto su sujeto, están estructurados desde un orden que es exterior a ellos. Por otra parte, en este planteo, no hay otra posibilidad de que la singularidad radical del sujeto. Y, si bien, el aplacamiento o finalización de la inestabilidad radical que el inconsciente produce para la conciencia sea una meta esperada desde esta, es imposible conquistarla.

Para afianzar más esta construcción plantearemos que los elementos que habíamos demarcado: ausencia de cualidades y contingencia, son dos elementos esenciales de la concepción de *El Príncipe*. Maquiavelo habla de la traición como posibilidad y de su costo político, pero no los inventa, ni los juzga, son simplemente una posibilidad en el arte del príncipe. Las diferentes formas de trato posible hacia los enemigos y a los aliados, el ejercicio de las injusticias y las torturas, las traiciones, la administración de los favores, son todos elementos a los que se los erradica de su valoración moral, se les quita su cualidad. Como señala Pompei

(...) la monstruosidad de Maquiavelo no está en concebir, sino en decir. En afirmar como recurso político lo moralmente proscrito. El florentino separa las aguas, transforma la política en una disciplina independiente, desplazando la conciencia del bien y del mal hacia otros ámbitos. (Pompei, 2003, p.220)

El análisis de Maquiavelo no pretende ser moral, sino esencial de los elementos en juego. Es despojando de la cualidad de bueno o malo que se puede arribar a un análisis del campo de acción del príncipe.

No es que las traiciones, torturas, usuras, prebendas u otras maniobras no existieran, es que Maquiavelo las introduce en una lógica diferente. Esto es lo que ha sido comentado superficialmente como el cinismo de Maquiavelo, cuando en realidad implica una perspectiva absolutamente diferente de los elementos en juego. Es la ausencia de valoración, de ideales, lo que choca de su lógica: “y dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes, dejaré de lado la consideración de las leyes y hablaré únicamente de las armas”. (Citado en Pompei, 2003, p.228); o

(...) es necesario que el príncipe posea el afecto del pueblo, sin lo cual carecerá de apoyo en la adversidad. (...) Y no se crea impugnar la opinión que estoy sentando aquí con objetarme el tan repetido adagio de que «quien

se fía en el pueblo edifica sobre arena». Confieso ser esto verdad para un ciudadano privado que, satisfecho con semejante fundamento, creyera que el pueblo le libraría, si le viera oprimido por sus enemigos o por magistrados. (Maquiavelo, 2001, p.52)

La de Maquiavelo es una ética de la acción política construida sobre una lógica disyuntiva: “o esto o aquello”, y esto es así porque se encuentra subordinada a las circunstancias, y estas no responden a la voluntad organizadora del príncipe ni a su llamado, sino a la contingencia radical de la combinación de los elementos (Pompei, 2003, p.232).

Como hemos señalado, el despojo de las cualidades y la contingencia son elementos que pueden visualizarse en la lógica que Maquiavelo manifiesta en *El Príncipe*, lógica ponderada por Koyré como propia del pensamiento moderno. Pensamiento necesario para la ciencia moderna, cuya existencia se plantea como imprescindible para que el psicoanálisis haya podido plantearse.

El exquisito sujeto del surrealismo

A principios del siglo XX se produjeron una serie de vanguardias artísticas que conmovieron el mundo del arte. Estas vanguardias modernas, el cubismo, el impresionismo, el funcionalismo, dodecafonismo, futurismo, dadaísmo, surrealismo, etc. comparten el llamado modernismo en la concepción que mantenían en relación a la experimentación, la renovación en relación al arte “oficial”, y la exigencia de estar en la avanzada del arte de su época.

George Bataille (2008) ha comparado al surrealismo con el Renacimiento, en tanto este último permite comprender el mundo actual aunque inicialmente “... fuera una cosa demasiado simple...” (Bataille, 2008, p.41), y en tanto el surrealismo como el renacimiento plantean una vuelta de reencuentro de un hombre ya desaparecido: griego en el caso del renacimiento, natural o primigenio en el caso del surrealismo.

El surrealismo es de especial interés para nosotros, dados los vínculos que se establecieron con el psicoanálisis. En otro artículo hemos comentado las relaciones que los surrealistas mantuvieron con Freud (Martínez Álvarez, 2006), así como también los que establecieron con Lacan (Martínez Álvarez, 2007a; 2007b). En esos trabajos señalábamos distintos puntos cuestionables de la apropiación que los surrealistas hicieron del psicoanálisis, tal la noción de un sujeto natural o esencial que debía emerger, pero en base a estos errores o tergiversaciones de la teoría, produjeron un juego literario, que se denominó el juego del “cadáver exquisito”.

Con la idea errónea de trabajar con el inconsciente freudiano, la idea del automatismo mental, del permitir irrumpir la esencialidad del sujeto, etc. los surrealistas inventan la mejor expresión del sujeto del inconsciente. El nombre “cadáver exquisito” proviene del mismo juego. Tiene diferentes versiones que no varían

esencialmente. El juego se desarrolla escribiendo varias personas distintas palabras en papeles, y, sin conocimiento de las palabras que el resto escribe, las depositan en un recipiente o bolsa. Luego de mezclarlas, se van retirando una por una y se forman diferentes frases, que portan efectos de sentido, “el cadáver exquisito beberá el vino nuevo” fue la frase que se produjo en uno de estos juegos y, como decíamos, dio nombre al mismo. Ahora, ¿quién es el autor de dicho efecto poético? Porque si hay un efecto poético, se supone un autor, o mejor aún, un sujeto de ese efecto. Ese autor es imposible que se asimile a una persona, o grupo, o conciencia. Pero como diría Lacan, si hay un sentido, hay un sujeto. F. Regnault (1988) encontrará en dicho juego el mejor ejemplo del sujeto del inconsciente. Sujeto sin conciencia, pensamiento sin cualidad de conciencia, necesario para fundar el inconsciente freudiano. Si hay un pensamiento en el sueño, este no es un corolario de la conciencia de sí.

Como ha sido señalado reiteradamente, es del dadaísmo de donde el surrealismo ha extraído sus consideraciones más interesantes en relación al lenguaje. El surrealismo surgió de la admiración hacia el dadaísmo de sus primeros integrantes, pero los dos movimientos sufrieron épocas de amistades y escandalosos enfrentamientos. Pero como ha señalado Germán García (2000), es la subversión dada la que los surrealistas dejaron de lado al embarcarse en la revolución socialista, y esto implicó cierto abandono de la indagación sobre el lenguaje que habían planteado los dadaístas. Es muy interesante cómo en el Manifiesto Dadá de 1918 (Tzara, 1999), se pueden leer dos afirmaciones de gran utilidad para insistir sobre su valor: “dadá no significa nada”, aludiendo a la existencia en la falta de sentido, a la necesidad de la suspensión de sentido para que algo nuevo tenga lugar. No está demás aclarar que en la estrategia de los dadaístas se trata de suspender el sentido burgués. Suspensión que trabajará esencialmente el movimiento Dadá de Nueva York en la obra de Marcel Duchamp. Y la segunda afirmación es “el pensamiento se inventa en la boca”. El pensamiento no es algo que exista fuera del discurso, asimismo, el pensamiento no requiere de cualidad de conciencia. Criticando el psicoanálisis, Tristán Tzara, el autor de los manifiestos dadá, no hace más que tomar la esencia del pensamiento freudiano. Recordemos con Moustafá Safouan (2008) que la experiencia del psicoanálisis entendida como una experiencia de discurso, hoy claramente aceptada, no era tan evidente en 1951 cuando Lacan comenzó su enseñanza. Y en donde “...se analizaban muchas otras cosas: la personalidad, el carácter, la conducta, la transferencia, la dinámica del inconsciente, etc.” (Safouan, 2008, p.10).

El barroco y la conciencia moderna

Según Erwin Panofsky (1995), el Barroco es uno de los estilos que fundaron la propia conciencia moderna. Una conciencia que Panofsky considera, al igual que A. Koyré, fue expresada en la obra de Descartes. El Barroco

considerado en general como el estilo que siguió al Renacimiento, y que se opuso a éste, es en verdad, según el planteo de Panofsky, la resolución de una antinomia presente en el propio renacimiento y expresada claramente en el manierismo que le siguió. El renacimiento se caracteriza por una conciliación de tendencias antagónicas: la belleza pagana y la espiritualidad cristiana, la belleza ideal y la realidad, el humanismo neopagano y el espíritu cristiano. Tendencias que los maestros del Alto Renacimiento reconciliaron brevemente en un equilibrio armonioso, que más tarde se desintegró y dio lugar a la tensión permanente que se encuentra presente en la cultura manierista. En realidad es contra la cultura manierista, y no contra la renacentista, que el Barroco reacciona. Es contra la exageración y la excesiva complicación de la Maniera, que el Barroco impone una nueva tendencia hacia la claridad, la simplicidad natural y el equilibrio. El Barroco del siglo XVII significa una reinstalación de los principios clásicos y, al mismo tiempo, una vuelta, tanto estilística como emocional, a la naturaleza. “(...) el Barroco no es la decadencia, por no decir el fin de lo que llamamos la era del Renacimiento. Es en realidad el segundo gran clímax de este período (...)” (Panofsky, 1995, p.107).

El Barroco se impone luego de la Contrarreforma, la crisis entre ciencia y fe cesan, dejan de ser quemados los científicos como Giordano Bruno, las esculturas romanas dejan de ser ocultadas o tapados los desnudos con hojas de parra de bronce. La experiencia de los conflictos entre la emoción y la reflexión, el deseo y el dolor, la devoción y la voluptuosidad condujo a un despertar a lo que llamamos formas modernas de la imaginación y el pensamiento. (Panofsky, 1995).

Y esta nueva conciencia se expresa en el humor, la percepción de que el mundo no es como debiera ser, pero que no produce enojo por eso. La aparición de las primeras caricaturas, obras pictóricas que hacen reír, en tanto revelan los límites de la naturaleza humana como tal.

Y como elemento fundamental de este clima, surge el derecho a construir un sistema de pensamiento independiente de la creencia dogmática, un pensamiento que no acepta otra premisa que la conciencia de su propia actividad. Esta actitud crítica y un método de pensamiento es lo que se expresa en la obra de Descartes.

En el Barroco no se superaron las antinomias que se encontraban presentes en la cultura renacentista, pero se tomó conciencia de ellas, se expresaron en un sentimiento de exaltación, y eso tuvo como consecuencia el punto más alto del Renacimiento.

Jorge Luis Borges comentará:

Yo diría que es Barroco aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que linda con su propia caricatura [...], yo diría que es barroca la etapa final de todo arte, cuando este exhibe y dilapida sus medios [...]. Bajo los tumultos no hay nada, no otra cosa que apariencias, que una superficie de imágenes. Por eso mismo puede

acaso agradar. (Citado en Ravera, 1998, p.62)

Rosa María Ravera comentando esta cita remarcará “bajo los tumultos no hay nada”, remitiendo a la falta de fundamento, a la exhibición y la conciencia que más allá de esta exhibición no hay soporte.

Y si bien es en la Edad Media, donde se irá extendiendo la percepción del tiempo como flujo irreplicable y cuando el espacio de la representación dejó de estar representado por las ideas religiosas, el arte será una de las formas de apropiación del instante fugaz. Y esto es lo que muestra el arte Barroco, el éxtasis místico que muestra la plenitud del instante. Hipervalorización del presente como característica que expresará el dandysmo en la cúspide de la modernidad. De hecho es este aspecto de la valorización del instante el rasgo distintivo con el cual Charles Baudelaire define a la modernidad: “lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente”. (Citado en Foucault, 1996; p.95). Foucault se servirá de Baudelaire y del dandysmo para situar la modernidad en la actitud de “...reconquistar algo eterno que no está más allá del instante presente, ni detrás de él, sino en él.” (Foucault, 1996, p.95).

Con el barroco se introduce en el arte la pérdida de referencias sustanciales, la ausencia de referencias unívocas, se expresa la particular contingencia de la que es producto. Se deja de encontrar sentido en las cosas. Es expresión del pensamiento moderno en tanto no se refiere a ninguna cosa más allá de sí mismo, ni más allá del momento presente donde se expresa. Lo fugitivo, la conquista de algo eterno en el instante prefigura la necesaria validación de una puntuación mínima que el psicoanálisis denominará sujeto.

Conclusiones

El recorrido que hemos realizado es un comentario de la afirmación que hace Lacan: es impensable que el psicoanálisis como práctica y que el inconsciente freudiano como descubrimiento, hubieran tenido lugar antes del nacimiento de la ciencia moderna. (Lacan, 1995).

Habiendo extraído de la hipótesis del sujeto de la ciencia, la pérdida de las cualidades de los objetos y la contingencia radical como elementos estructurales, hemos intentado ponerlas a prueba en algunos textos y elementos tanto del surrealismo como del estilo barroco, en tanto expresión de la modernidad. Hemos intentado poner a prueba también la lectura que Lacan realiza de Koyré, en tanto si se pueden extraer estos dos elementos de su pensamiento acerca de la ciencia moderna, deben poder ser encontrados en cualquier texto y en cualquier referencia que este haya postulado. Si estos elementos que Lacan toma de Koyré son esenciales no sólo a la ciencia moderna, sino al pensamiento moderno, tienen que estar presentes en todo pensar representativo de este.

El pensamiento de Maquiavelo es considerado por Koyré como la más clara expresión del surgimiento del pensamiento moderno. La ausencia de cualidades valorativas en el análisis que lleva adelante del arte de gobierno, el establecimiento de los recursos disponibles

para el mandatario sin su ponderación moral, son expresión de esta lógica que Koyré sostiene presente en el pensamiento moderno e, insistimos, lógica indispensable para el surgimiento de una concepción de sujeto que no devenga corolario de la conciencia de sí. Sujeto indispensable para el pensamiento psicoanalítico. Por otra parte, la conciencia de lo inestable de la posición del príncipe en relación a la población y territorio sobre el que reina, es expresión de una nueva concepción del poder, y da lugar a esta propiedad intrínseca a la concepción del sujeto moderno que es la contingencia.

Michel Foucault también ha extraído del corazón de la modernidad las dos direcciones que ha tomado la filosofía: la analítica de la verdad, donde se plantea la cuestión de las condiciones en las cuales un conocimiento verdadero es posible; y la filosofía crítica, cuya función es extraer "...en lo que nos es dado como universal, necesario, obligatorio, cuál es la parte de lo que es singular, contingente y debido a coacciones arbitrarias". (Foucault, 1996, p104).

Además hemos tomado al surrealismo por ser un movimiento contemporáneo tanto a Freud como a Lacan, cuyos miembros han tenido contacto con ambos, (fueron inspirados en el pensamiento freudiano y mantuvieron relaciones de cercanía con los primeros textos de Lacan), pero fundamentalmente por haber

diseñado, bajo erróneos supuestos, un buen ejemplo de lo que sería la concepción lacaniana del sujeto, deudora de la creación freudiana. Por otro lado, aunque no lo hemos considerado en este texto, la expresión máxima del dadaísmo, Marcel Duchamp, cuya obra ha iluminado el arte contemporáneo, esta basada fundamentalmente en la idea de contingencia y ausencia de fundamento.

El Barroco nos ha brindado dos elementos indispensables: la construcción del tiempo como un instante y el trabajo sobre la falta de fundamento, para dar lugar a la concepción clásica del arte como adorno de la falta.

La consideración de la contingencia y la pérdida de cualidades de conciencia, son los elementos indispensables de toda práctica analítica. Toda consideración sobre la técnica y la práctica del psicoanálisis presuponen que el habla conlleva efectos de verdad, que es en el decir que el sujeto donde algo de la verdad del sujeto puede expresarse. Y la única posibilidad de escucha de este sujeto es descartando cualquier atribución de conciencia, finalidad o motivación. Este sujeto se presenta como un exceso en el decir del paciente que posibilita su responsabilidad en relación a este saber. En esto consiste la práctica del psicoanálisis y la cura que conlleva.

Notas

1. Este artículo está basado en la conferencia que realizamos sobre el texto de Alexandre Koyré *El pensamiento moderno* en el espacio "Práctica del comentario" de la Escuela Freudiana de Mar del Plata en abril del presente año.

Referencias

- Bataille, G. (2008). *La religión surrealista. Conferencias 1947-1948*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Díaz, E. (2005). *Posmodernidad*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, M. (1996). *¿Qué es la ilustración?* Buenos Aires: Acción.
- Freud, S. (1991). *Sobre el concepto de inconsciente en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Amorrotu.
- García, G. (2000). Lacan saluda a Tristán Tzara, en *D'Escolar*. Buenos Aires: Ed. Atuel.
- Habermas, J. (2004). La modernidad, un proyecto incompleto. En Casullo, N. (comp.) *El debate modernidad posmodernidad* (pp. 131-144). Buenos Aires: Retórica.
- Koyré, A. (1991). El pensamiento moderno. En Koyré, A. *Estudios de historia del pensamiento científico* (pp. 9-15). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1966/1995). La ciencia y la verdad. En *Escritos II* (pp. 834-858). Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1964/1986). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seminario*. Buenos Aires: Síntesis.
- Liotard, J.F. (1998). *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Ed. Gedisa
- Maquiavelo, N. (2001). *El príncipe*. Colonia: Bureau.
- Martínez Álvarez, H. (2006). Psicoanálisis y vanguardias artísticas en Argentina. En *Actas del Grupo de Investigación: Teoría y Prácticas Psicoanalíticas*. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- (2007a). Dadaísmo, Surrealismo y psicoanálisis. En *Actas del Grupo de Investigación: Teoría y Prácticas Psicoanalíticas*, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata: Ed. Suárez.
- (2007b). Historias, arte y psicoanálisis. En Cosimi, A. (comp.) *Estudios Psicoanalíticos en la Universidad III* (pp. 57-69). Rosario: Homo Sapiens.
- (2002) *El aporte de Descartes*. Trabajo presentado en la Jornada del Grupo de Investigación Teoría y Prácticas Psicoanalíticas. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Milner, J. C. (1996). *La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires: Manantial.
- Panofsky, E. (1995). *Sobre el estilo. Tres ensayos inéditos*. Barcelona: Paidós.
- Pompei, M. (2003). El príncipe de Maquiavelo. En Abraham, T. (comp.) *El último Foucault* (pp. 201-238). Buenos Aires: Ed. Sudamericana.

- Ravera, R. (1998). Orden y caos en los procesos del arte. Para una filosofía del barroco, hoy. En AAVV Ravera, R. (comp.) *Estética y crítica. Los signos del arte* (pp 51-66). Buenos Aires: Ed. Eudeba.
- Regnault, F. (1988). Esas sandeces que pululan en los textos psicoanalíticos. En *Presentación de Lacan*, AAVV. (pp.147-161). Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Safouan, M. (2008). *Lacaniana I, Los Seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*. Buenos Aires: Paidós.
- Tzara, T. (1999). *Siete manifiestos Dadá*. Barcelona: Tusquets.

Fecha de recepción: 31-05-12

Fecha de aceptación: 16-08-12